

# Libros de sangre

## Volumen 1

Traducción:  
Pilar Ramírez Tello



Clive Barker

*A mi madre y a mi padre*

*Para Johnny*

## Prólogo

No hay época del año en que reciba más invitaciones que en Halloween. Invitaciones para ir a campus universitarios y hablar sobre la historia de la literatura de terror; o para contribuir con una lista de mis diez películas de miedo favoritas a alguna revista; o para improvisar una historia de miedo en un programa de entrevistas nocturno de la televisión. Al principio de mi carrera como escritor publicado (que comenzó en 1984 con el libro que ahora tienes en tus manos) acepté un buen número de esas ofertas, encantado de tener una plataforma desde la que promocionar mi trabajo. Pero en los últimos años, conforme mis libros se han ido alejando de las historias implacablemente crudas y violentas con las que conseguí cierta atención, he empezado a declinar casi todas ellas. Me siento incómodo cuando me ven como el “tío terrorífico”, invitado a salir de su retiro en la época de las calabazas y las historias de campamento para hablar del “lado oscuro”, mientras que las pasiones que alimentan mi trabajo actual pasan inadvertidas. He llegado a evitar las típicas juergas de Halloween (las fiestas y los desfiles) por el malestar que me produce todo el asunto.

Sin embargo, el año pasado rompí la regla. Mi amante, David Armstrong, logró convencerme de que una visita al

desfile de Halloween aquí en Los Ángeles (que últimamente se ha convertido en todo un acontecimiento) sería el antídoto perfecto para los momentos difíciles por los que estaba pasando con mi actual novela. Solo tenía que soltar el bolígrafo, tomarme un vaso de vodka y unirme a él, me dijo. Acepté, siempre que no insistiera en que me disfrazara. Iría estrictamente como *voyeur*. Él contestó que le parecía bien y que *su* disfraz sería lo bastante elaborado para los dos.

No lo dijo por presumir. Comenzó su transformación a media tarde. Le llevó seis horas. Cuando hubo terminado, estaba irreconocible. Había reconfigurado su cara de forma que parecía una gárgola de aspecto depredador, con cuernos y echando babas aun más negras que la piel que el Señor le había dado. Por encima de la hendidura de su trasero colgaba una cola que para sí hubiese querido un semental.

No se me ocurrió hasta más tarde, cuando empecé a tomar notas para esta introducción, que parecía sacado de una de las historias de esta antología: una amalgama de exceso sexual y elegancia demoníaca, que lo mismo podía follarte que arrancarte el corazón.

A las diez y media bajamos por el Boulevard. Hacía un frío cortante, pero una vez nos encontramos entre la multitud la simple acumulación de cuerpos calentó el aire. Decenas de miles de personas abarrotaban la calle, un buen número de ellas con disfraces muy elaborados. Había muñecas Barbie con sus Kens andando como patos dentro de cajas chillonas; había *drag queens* con todo tipo de trajes, desde la reina de la promoción hasta la Viuda de Beverly Hills; había asesinos del hacha típicamente americanos, con cuerpos brillantes llenos de esteroides asomando bajo los jirones sanguinolentos de las camisetas; había una pequeña brigada de soldados confederados, armados y orgullosos; había suficientes alienígenas de piel y trajes plateados como para llenar toda una flota de platillos volantes. Y, junto a ellos, había otros muchos que solo se habían comprado una careta para la noche y acechaban por las calles disfrazados de sus hombres del saco favoritos. Monstruos de Frankenstein (y sus Novias), Freddy Kruegers, Candyman con manos de garfio, hasta un par de Pinheads.

También había demonios, pero nada comparable al transformado David, a quien llamaban constantemente para que interpretara algún tipo de escena para un fotógrafo: amenazando a una Lolita rubia, dándole latigazos a un *punki* tatuado con collar y correa, embelesado por una manada de chicos disfrazados de campesinas. Pero lo curioso fue que al observar cómo los ojos de la gente se clavaban en mi monstruoso acompañante (la mezcla de placer y repugnancia), comencé a recordar lo que me convirtió en escritor de terror hacía ya tantos años. Me divertía provocar ese complicado conjunto de respuestas: saber que las palabras que ponía sobre la página harían que la gente se parara en seco, como la extraña belleza de mi amante estaba logrando en aquellos momentos; que se preguntaran, quizá, si la línea que separa lo que les da miedo de lo que les da placer no es mucho más delgada de lo que se imaginan.

Una historia corta es como una cápsula del tiempo. Graba, de una forma que no resulta fácil de comprender hasta que ha transcurrido un periodo de tiempo considerable, detalles muy específicos de cómo transcurría la vida del autor cuando se escribieron esas palabras. No es del todo así en una novela; al menos en el tipo de novelas que yo escribo, que tienden a ser épicas y me llevan un año. El primer borrador de una historia corta puede terminarse en solo un par de días; puro e intenso. Una novela larga, por el contrario, es una especie de compendio: puede que incluso esté construida para aprovechar contradicciones y ambigüedades.

Así que ahora miro esas historias y, casi como si se tratara de una foto tomada en una fiesta, encuentro todo tipo de señales e indicios de quién era yo. ¿Era? Sí, era. Miro esas historias y no creo que el hombre que las escribió siga vivo dentro de mí. Cuando el año pasado escribí la introducción a la edición del décimo aniversario de *Sortilegio*, comenté algo muy parecido: el hombre que escribió ese libro ya no sigue por aquí. Ha muerto dentro de mí, está enterrado dentro de mí. Somos nuestros propios cementerios; nos instalamos entre las tumbas de las personas que éramos. Si estamos sanos, cada día es una celebración, un Día de difuntos en el que damos gracias

por las vidas vividas; si estamos neuróticos, nos lamentamos, nos obsesionamos y deseamos que el pasado todavía fuera presente.

Al leer de nuevo estos relatos, siento un poco de las dos cosas. Parte de la simple energía que hizo que esas historias fluyeran por mi bolígrafo (que hacía que las frases fueran oportunas y las ideas cantaran) ha desaparecido. Perdí a su creador hace mucho tiempo. A él le gustaban las películas de miedo más que a mí; él tenía esperanzas de triunfar en Hollywood; era en general más alegre, menos inseguro, menos inclinado hacia lo negativo. Me veía como el director de una feria de los horrores, golpeando el tambor para convocar a una audiencia que mirara boquiabierta mi colección de monstruos y fetos embotellados.

Esa parte de mi naturaleza se ha templado bastante últimamente. Grité y aporreé los tambores todo cuanto quise, perpetré mi catálogo de excesos y, finalmente, supongo que me cansé un poco del espectáculo.

Ahora, catorce años después, resulta extraño volver a visitar el carnaval. Al analizarlo en retrospectiva me doy cuenta de la suerte que tuve. Aparecí con esos cuentos en un momento en el que la industria editorial todavía corría riesgos con escritores en ciernes e historias cortas. Hoy en día sería prácticamente imposible que un autor desconocido publicara una colección como esta, especialmente porque las historias cortas tienen un número de lectores mucho menor que las novelas; en Barbara Boote, mi primera editora, encontré a alguien lo bastante valiente como para arriesgarse con un material que hacía que otros editores se pusieran enfermos. Y tuve la gran fortuna de hacer una película, el primer *Hellraiser*, poco después de la publicación. Su éxito llevó a muchas personas hasta mis historias, a muchos más lectores de los que hubiera tenido de otra manera.

Al mirar atrás lo veo como una época embriagadora. Muchas de las cosas que había esperado, con las que había soñado, se hicieron realidad en un corto periodo de tiempo. Se publicaron los libros y obtuvieron cierto favor de la crítica; un monstruo que yo había creado observaba a los espectadores

desde las pantallas de los cines de todo el mundo; la gente quería mi autógrafo y mis opiniones.

Ya todo parece muy remoto. Todavía puedo revivir algunas sensaciones si escucho cierta pieza musical, o si encuentro un pasaje en una de las historias que puedo recordar haber escrito. Al leer *El tren nocturno de la carne* recuerdo mi primer viaje solo en el metro de Nueva York: llegar por error al final de la línea, una estación oscura y vacía. Al leer *Los nuevos crímenes de la calle Morgue*, mi homenaje al mejor escritor de terror del mundo, Edgar Allan Poe, recuerdo un París cubierto por la nieve en el que mi difunto y gran amigo Bill Henry y yo quedamos aislados en una ciudad silenciosa en la que no se movía ni un solo coche. Al leer *Hijo del celuloide* recuerdo el ruinoso cineclub de mi Liverpool natal, en el que vi tantas de las películas que alimentaron mi imaginación juvenil. *Les yeux sans visage*, de Franju, la extraordinaria *Onibaba*, la exuberante *Kwaidan*; los trabajos visionarios de Pasolini y los delirios de Fellini. Al leer *Terror* puedo incluso rememorar a las personas de mis años universitarios que inspiraron los personajes de la página (diría que es una dudosa forma de homenaje, pero dejaron su huella en mí).

No sé si estas historias sobrevivirán al paso del tiempo; dudo que ningún autor pueda saberlo con total certeza. Pero están escritas, grabadas en piedra, para bien o para mal, y aunque pueda desear haber pulido más cierta frase o haber eliminado cierta otra, siguen gustándome. Eso es lo mejor que uno puede esperar, creo: que el trabajo que realices te guste, tanto al hacerlo como al revisarlo después.

Una cosa es cierta, que el apetito del público por las historias grotescas y terroríficas (visitas fantasmales y posesiones demoníacas, horribles actos de venganza y asquerosas monstruosidades) sigue tan vivo como siempre. Las personas escondidas tras las máscaras en el Boulevard de Santa Mónica el pasado octubre no eran pervertidos ni demonios; en su mayor parte se trataba de tipos normales que aprovechaban la oportunidad para expresar un apetito que nuestra cultura nos obliga a suprimir casi todo el tiempo (una represión que aplaudo con perversidad, por cierto; el apetito se vuelve más

poderoso si se mantiene encerrado bajo llave). Pero, de vez en cuando, necesitamos tocar la oscuridad de nuestra alma; es una forma de conectar con nuestro yo original, el yo que probablemente existía antes de que pudiéramos formar palabras, que sabe que el mundo contiene una gran luz y una gran oscuridad, y que una cosa no puede existir sin la otra.

En los viajes por los que me ha llevado mi ficción desde que escribí estas historias he sentido más necesidad que nunca de explorar imágenes de redención en vez de imágenes de perdición. En *Sortilegio*, en *Imajica*, en *Sacrament* y en *Galilee*, hasta en mi libro para niños *El ladrón de días*, las imágenes de dolor y muerte quedan eclipsadas por la luz y la santidad, las figuras que representan al mal son destronadas.

No ocurre lo mismo en las historias que siguen a estos comentarios. Aquí los monstruos triunfan, a veces transforman a aquellos que tocan de manera que pueden considerarse indirectamente optimistas, pero siempre sobreviven para seguir haciendo daño al día siguiente. Si por casualidad el mal es vencido, en la mayoría de los casos será para arrastrar en su caída a testigos y víctimas.

No creo que ninguna historia sea más cierta que otra; la sabiduría de estas obras de ficción (quizá de todas las obras de ficción) reside en el efecto que producen en la imaginación de cada lector. Así que no creo que resulte útil juzgar el significado moral, intentar sonsacar las lecciones que estas narrativas parecen enseñar. Aunque a veces use la terminología del púlpito, estas historias no son sermones ni para una Misa blanca ni para una Misa negra. Son pequeños viajes; pequeños *desfiles*, si os parece mejor, que se alejan de las calles familiares y se adentran en un territorio cada vez más oscuro hasta que, en algún lugar muy lejos de todo lo que conocemos, nos encontramos en compañía extraña, extraña a nosotros.

Clive Barker  
Los Ángeles, mayo 1998



## Agradecimientos

Debo dar las gracias a mucha gente. A mi tutor de lengua en Liverpool, Norman Russell, por darme los primeros ánimos; a Pete Atkins, Julie Blake, Doug Bradley y Oliver Parker por darme los suyos bastante más adelante; a James Burr y Kathy Yorke por sus buenos consejos; a Bill Henry, por su ojo experto; a Ramsey Campbell por su generosidad y entusiasmo; a Mary Roscoe por la concienzuda traducción de mis jergológicos y a Marie-Noëlle Dada por lo mismo; a Vernon Conway y Bryn Newton por su Fe, Esperanza y Caridad; y a Nann du Sautoy y Barbara Boote de Sphere Books.

# Introducción

por Ramsey Campbell

“La criatura lo había agarrado del labio para arrancar el músculo del hueso como si estuviera quitándole un pasamontañas”.

¿Todavía seguís conmigo?

Aquí tenéis otra muestra de lo que podéis esperar de Clive Barker: “Cada hombre, mujer y niño de aquella torre hirviente estaba ciego. Solo veían a través de los ojos de la ciudad. No podían pensar, solo tenían los pensamientos de la ciudad. Y se creían inmortales, con una fuerza torpe e implacable. Inmensos, locos e inmortales”.

Está claro que Barker es un visionario tan poderoso como horripilante. Una cita más sacada de otra historia diferente:

“¿Qué sería de una resurrección sin unas cuantas risas?”.

He incluido estas citas a propósito, como una advertencia para los débiles de corazón. Si os gusta que vuestra literatura de terror os reconforte, que sea lo bastante irreal como para no tomarla demasiado en serio y lo bastante familiar como para no correr el peligro de que se os desgarre la imaginación o de que os despierten las pesadillas cuando pensabais que estabais a salvo en la cama, estos libros no son para vosotros. Si, por el contrario, estáis hartos de historias que os arropan en la camita

y se aseguran de dejar la luz encendida antes de marcharse, por no mencionar el desfile de buenas-historias-bien-contadas, que no tienen más que ofrecer que préstamos sacados de mejores escritores de los que los compradores de *bestsellers* no han oído hablar nunca, puede que disfrutéis tanto como yo al descubrir que Clive Barker es el escritor de libros de terror más original que haya aparecido en años y, en el mejor sentido, el escritor más profundamente espantoso de los que trabajan actualmente en este campo.

Se suele asumir que la historia de miedo es reaccionaria. Sin lugar a dudas, algunos de sus mejores exponentes lo han sido, pero la tendencia también ha producido un buen montón de tonterías irresponsables, y no hay razón alguna para que todo el género deba mirar hacia atrás. Cuando se trata de imaginación, las únicas reglas deberían ser los propios instintos... y los de Clive Barker nunca vacilan. Decir (como hacen algunos escritores de terror, a mi parecer a la defensiva) que lo que la ficción de terror pretende es, esencialmente, recordarnos lo que es normal, aunque lo haga mostrándonos lo sobrenatural y extraño como anormal, no dista mucho de decir (como bastantes editores parecen pensar) que la ficción de terror tiene que tratar sobre gente normal que se enfrenta a lo extraño. Gracias a Dios, nadie convenció a Poe de eso y, gracias a Dios, existen escritores tan radicales como Clive Barker.

Y no es que Barker esté necesariamente en contra de los temas tradicionales, pero cuando él los utiliza regresan transformados. *Sexo, muerte y luz de estrellas* es la historia de teatros encantados definitiva, *Restos humanos* es una variación brillante y original del tema del *doppelgänger*; pero ambas historias llevan aun más lejos estos temas familiares hasta alcanzar conclusiones llenas de humor negro y un extraño optimismo. Lo mismo puede decirse de *Los nuevos crímenes de la calle Morgue*, una comedia de lo macabro desalentadoramente optimista, pero ya dentro del territorio más provocador de la radical franqueza sexual de Barker. Lo que dicen precisamente este y otros cuentos sobre las posibilidades, lo dejo a vuestro juicio. Ya os he advertido que estos libros no son para los débiles de corazón o imaginación, y es bueno tener esto en

mente cuando se hace frente a cuentos como *El tren nocturno de la carne*, una historia de miedo en tecnicolor con sus raíces en las películas de terror más explícito, pero más ingeniosa y más gráfica que cualquiera de ellas. *Cabezas de turco*, su historia de terror isleño, llega a usar ese elemento esencial de las películas de miedo dobladas que era el zombi submarino. *Hijo del celuloide* va directo a un tabú biológico con una franqueza digna de las películas de David Cronenberg, pero hay que señalar que la verdadera fuerza de esta historia radica en el flujo de su inventiva. Lo mismo ocurre con historias como *En las colinas, las ciudades* (que pone en tela de juicio la idea, defendida por muchos escritores de terror, de que no existen las historias de miedo originales) y *Las pieles de los padres*. La fertilidad de su inventiva recuerda a los grandes pintores fantásticos y, de hecho, no se me ocurre ningún otro escritor contemporáneo cuyas obras reclamen con tanto énfasis que alguien las ilustre. Y aún hay más: la terrorífica *El blues de la sangre de cerdo*; *Terror*, que camina por la inestable cuerda floja entre la claridad y el *voyeurismo* a la que se arriesga cualquier tratamiento del sadismo; hay más, pero creo que casi ha llegado la hora de que me aparte de vuestro camino.

Aquí tenéis casi un cuarto de millón de palabras suyas, su selección de las mejores historias cortas nacidas de dieciocho meses de trabajo, escritas por las noches mientras que por el día se dedicaba a escribir obras de teatro (de las que, por cierto, se vendieron todas las localidades). Me parece una actuación asombrosa y el debut más emocionante de la literatura de terror en muchos años.

Merseyside, 5 de mayo de 1983

# El Libro de Sangre

Los muertos tienen autopistas.

Infalibles líneas de trenes fantasma, de carruajes de ensueño, atraviesan las tierras baldías detrás de nuestras vidas, soportando un tráfico interminable de almas difuntas. Sus tañidos y latidos pueden oírse en los lugares rotos del mundo, a través de grietas producidas por actos de crueldad, violencia y depravación. Su carga, los muertos errantes, puede vislumbrarse cuando el corazón está a punto de estallar y aquellas escenas que debieran estar escondidas se presentan con total claridad.

Tienen señales, estas autopistas, y puentes y áreas de descanso. Tienen casetas de peaje e intersecciones.

En estas intersecciones en las que las multitudes de muertos se mezclan y cruzan es donde esta autopista prohibida tiene más posibilidades de desbordarse y penetrar en nuestro mundo. El tráfico es denso en los cruces de caminos y las voces de los muertos están en su momento más estridente. Aquí las barreras que separan una realidad de la otra se desgastan con el paso de innumerables pies.

Una de estas intersecciones en la autopista de los muertos estaba ubicada en el número 65 de Tollington Place. El número 65, una simple casa independiente con fachada de ladrillos y

falso estilo georgiano, no tenía nada más digno de mención. Una vieja casa olvidable, despojada de la grandeza de la que una vez hiciera gala. Llevaba vacía una década o más.

No era la humedad lo que ahuyentaba a los inquilinos del número 65. No era la podredumbre del sótano, ni el hundimiento que había provocado una grieta en la fachada de la casa que iba desde el umbral hasta el alero; era el ruido de paso. En la planta superior el estruendo de ese tráfico nunca cesaba. Agrietaba el enlucido de las paredes y deformaba las vigas. Sacudía las ventanas. Y también sacudía las mentes. El número 65 de Tollington Place era una casa encantada y nadie podía poseerla por mucho tiempo sin volverse loco.

En algún momento de su historia, un acto horrible se había cometido en aquella casa. Nadie sabía cuándo ni qué. Pero la atmósfera opresiva de la casa, especialmente en el piso superior, resultaba evidente hasta para el observador inexperto. Había un recuerdo y una promesa de sangre en el aire del número 65, un aroma que persistía en las fosas nasales y revolvía el estómago más fuerte. Los insectos, los pájaros, hasta las moscas evitaban el edificio y sus alrededores. Ninguna cochinilla reptaba por la cocina, ningún estornino anidaba en el desván. Sea cual fuera la violencia allí desatada, había abierto la casa igual que el cuchillo abre la tripa de un pez; y a través de aquel corte, de aquella herida en el mundo, los muertos se asomaban y pedían la palabra.

Al menos eso decía el rumor...

Era la tercera semana de la investigación en el 65 de Tollington Place. Tres semanas de éxito sin precedentes en el reino de lo paranormal. Con un recién llegado al negocio como médium, un chico de veinte años llamado Simon McNeal, la Unidad de Parapsicología de la Universidad de Essex había grabado pruebas prácticamente incontrovertibles de vida después de la muerte.

En la habitación más alta de la casa, un pasillo claustrofóbico que se suponía era una habitación, el chico McNeal parecía haber convocado a los muertos y, a petición suya, ellos habían dejado copiosas muestras de su visita, escritos de centenares de manos distintas sobre las paredes color ocre pálido. Escribían,

según parecía, lo primero que se les venía a la cabeza. Sus nombres, por supuesto, y fechas de nacimiento y defunción. Fragmentos de recuerdos y buenos deseos para sus descendientes vivos, extrañas frases elípticas que insinuaban los tormentos que padecían y lamentaban sus gozos perdidos. Algunas manos eran robustas y feas, otras delicadas y femeninas. Había dibujos y chistes obscenos a medio terminar, junto con líneas de poesía romántica. Una rosa mal dibujada. Un juego de tres en raya. Una lista de la compra.

Gente famosa había llegado hasta aquel muro de las lamentaciones (estaban Mussolini, Lennon y Janis Joplin) y también desconocidos, personas olvidadas que habían firmado junto a los grandes. Era la lista de clase de los muertos y crecía día tras día, como si la voz se corriera entre las tribus perdidas y las sedujera a salir de su silencio para señalar aquella habitación desolada con su sagrada presencia.

Tras toda una vida de trabajo en el campo de la investigación psíquica, la doctora Florescu estaba muy acostumbrada a la dura realidad del fracaso. Casi resultaba cómodo arrojarse en la certeza de que las pruebas nunca se manifestarían. Ahora, enfrentada a un éxito súbito y espectacular, se sentía eufórica y confusa a la vez.

Estaba sentada, como lo había estado durante tres semanas increíbles, en la habitación principal de la planta intermedia, un tramo de escaleras por debajo de la habitación de la escritura, y escuchaba el clamor de ruidos que llegaba de arriba con una especie de temor reverencial, casi incapaz de creer que se le permitiera estar presente en aquel milagro. Ya había observado pistas antes, indicios tentadores de voces de otro mundo, pero esta era la primera vez que aquella esfera había insistido en ser oída.

En la planta alta, los ruidos cesaron.

Mary miró su reloj: eran las seis y cuarto de la tarde.

Por alguna razón que sus visitantes conocerían mejor que ella, el contacto nunca se alargaba mucho más tarde de las seis. Esperaría hasta las seis y media y luego subiría. ¿Qué habría sido hoy? ¿Quién habría llegado hasta aquella pequeña habitación sórdida para dejar su marca?

—¿Quieres que prepare las cámaras? —le preguntó Reg Fuller, su ayudante.

—Por favor —murmuró ella, distraída por la expectación.

—¿Te preguntas lo que encontraremos hoy?

—Le daremos diez minutos.

—Claro.

Arriba, McNeal se derrumbó en la esquina de la habitación y observó el sol de octubre a través de la ventana diminuta. Se sentía un poco encerrado, solo en aquel maldito lugar, pero a pesar de ello sonrió para sí, aquella sonrisa triste y beatífica que derretía hasta el corazón más académico. Especialmente el de la doctora Florescu; oh, sí, la mujer estaba prendada de su sonrisa, de sus ojos, de la mirada perdida que interpretaba para ella...

Era un buen juego.

De hecho, al principio eso era lo que había sido... un juego. Ahora Simon sabía que las apuestas habían subido; lo que había comenzado como una especie de test detector de mentiras se había convertido en una competición muy seria: McNeal contra la Verdad. La verdad era simple: él era un fraude. Escribía todos sus “mensajes de fantasmas” en la pared con pequeños fragmentos de mina que escondía bajo la lengua; daba golpes, se movía y gritaba sin más provocación que la simple travesura del asunto; y los nombres desconocidos que escribía, ja, se reía con solo pensarlo, los nombres que encontraba en las guías telefónicas.

Sí, la verdad es que era un buen juego.

Ella le había prometido mucho, lo había tentado con la fama, animando cada mentira que él se inventaba. Promesas de riquezas, de apariciones aplaudidas en la televisión, de una adulación que él nunca había conocido antes. Siempre que aparecieran los fantasmas.

Sonrió de nuevo con aquella sonrisa. Ella lo llamaba su Intermediario, el inocente portador de los mensajes. Pronto subiría las escaleras... detendría la mirada sobre su cuerpo, con la voz cercana a las lágrimas por la patética emoción de encontrar otra serie más de nombres y tonterías garabateados.

A él le gustaba que ella lo observara desnudo, o casi desnudo. Durante toda la sesión se quedaba sólo en calzonci-



llos para que vieran que no escondía ningún instrumento. Una precaución ridícula. Todo lo que necesitaba eran las minas bajo la lengua y suficiente energía para lanzarse de un lado a otro de la habitación durante media hora mientras se desgañitaba a voces.

Estaba sudando. El surco del esternón brillaba de sudor y tenía el pelo pegado a la pálida frente. Había trabajado duro, estaba deseando salir de la habitación, remojarse un poco y disfrutar de un rato de admiración. El Intermediario se metió la mano en los calzoncillos y jugó consigo mismo, distraídamente. En alguna parte de la habitación una mosca, o quizá más de una, se habían quedado atrapadas. Ya había pasado la época de las moscas, pero las podía oír cerca. Zumbaban inquietas contra la ventana o alrededor de la bombilla. Podía oír sus pequeñas voces de mosca, pero no las cuestionó, estaba demasiado absorto en sus pensamientos sobre el juego y en el simple placer de acariciarse.

Cómo zumbaban, aquellas inofensivas voces de insecto, zumbaban y cantaban y se quejaban. Cómo se quejaban.

Mary Florescu tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Su anillo de boda estaba un poco suelto, sentía cómo se movía al ritmo de sus golpecitos. Algunos días le apretaba y otros se soltaba, uno de aquellos pequeños misterios de la vida que nunca había analizado a fondo, sino que simplemente aceptaba. De hecho, en aquellos momentos estaba muy suelto, casi a punto de caerse. Pensó en la cara de Alan. La querida cara de Alan. Pensó en ella a través de un agujero hecho por su anillo de boda, como si estuviera al final de un túnel. ¿Habría sido así su muerte? ¿Avanzar cada vez más por un túnel que descendía hacia la oscuridad? Empujó más el anillo hacia su mano. A través de las puntas de sus dedos índice y pulgar parecía casi saborear el gusto acre del metal al tocarlo. Era una sensación curiosa, una ilusión de algún tipo.

Para librarse de la amargura pensó en el chico. Su cara se le apareció con facilidad, con mucha facilidad, abriéndosele paso en la conciencia con su sonrisa y su físico corriente, todavía afeminado. Casi como una chica... la redondez de su cuerpo, la dulce claridad de su piel... la inocencia.

Todavía tenía los dedos sobre el anillo y la agrura que había sentido antes creció. Miró hacia arriba. Fuller estaba organizando el equipo. Alrededor de la calvicie incipiente de su cabeza relucía y serpenteaba un nimbo de pálida luz verde...

De repente se sintió mareada.

Fuller no vio ni oyó nada. Tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo, absorto. Mary lo observaba con atención, miraba el halo sobre él, sentía cómo se despertaban nuevas sensaciones dentro de ella, a través de ella. El aire parecía estar repentinamente vivo; las mismas moléculas de oxígeno, hidrógeno, nitrógeno chocaban contra ella en un íntimo abrazo. El nimbo sobre la cabeza de Fuller se estaba extendiendo y encontraba un resplandor semejante en todos los objetos de la habitación. El sentido antinatural de las puntas de los dedos también se estaba extendiendo. Podía ver el color de su respiración al exhalarla, un destello naranja rosado en el aire burbujeante. Podía oír con toda claridad la voz del escritorio tras el que se sentaba, el bajo quejido de su presencia sólida.

El mundo se estaba abriendo, llevaba los sentidos de Mary hasta el éxtasis, los halagaba para abrirlos a una salvaje confusión de funciones. De repente, era capaz de reconocer el mundo como un sistema, no de políticas o religiones, sino como un sistema que se extendía desde la carne viva hasta la madera inerte del escritorio y el viejo oro de su anillo de boda.

Y más allá. Más allá de la madera, del oro. Se abrió la grieta que llevaba a la autopista. En su cabeza oía voces que no provenían de las bocas de los vivos.

Miró hacia arriba o, mejor dicho, alguna fuerza lanzó su cabeza hacia atrás violentamente y se encontró observando el techo. Estaba cubierto de gusanos. No, ¡aquello era absurdo! Sin embargo, *parecía* estar vivo, vibrante de vida... latiendo, bailando.

Podía ver al chico a través del techo. Estaba sentado en el suelo, con el miembro erecto en la mano. Tenía la cabeza echada hacia atrás, como Mary. Estaba tan perdido en su éxtasis como ella. Con su nueva visión, Mary vio la luz que latía dentro y alrededor del cuerpo de Simon... recorrió la pasión asentada en su barriga y el placer que le derretía la cabeza.

Vio otra cosa, la mentira que ocultaba, la ausencia de poder donde ella pensaba que había algo maravilloso. No tenía ningún talento para comunicarse con los fantasmas, nunca lo había tenido, resultaba evidente. Era un pequeño mentiroso, un niño mentiroso, un dulce y blanco niño mentiroso sin la compasión ni la sabiduría para comprender su atrevimiento.

Ahora estaba hecho. Las mentiras estaban contadas, los trucos urdidos y la gente de la autopista, mortalmente harta de tantas falsificaciones y burlas, zumbaba en la grieta de la pared y exigía una satisfacción.

La grieta que *ella* había abierto, sin querer la había manoseado y revuelto, había abierto la cerradura lentamente, poco a poco. Su deseo por el chico lo había hecho; sus interminables pensamientos sobre él, su frustración, su ardor y el asco ante aquel ardor habían abierto aún más la grieta. De todos los poderes capaces de hacer que el sistema se manifestara, el amor y su compañera, la pasión, y su compañera, la pérdida, eran los más potentes. Y ahí estaba ella, la personificación de las tres cosas. Amando y deseando y reconociendo sin lugar a dudas la imposibilidad de las dos primeras. Envuelta en una agonía de sentimientos que se había negado a sí misma, intentando creer que solo amaba al chico como su Intermediario.

¡No era cierto! ¡No era cierto! Lo deseaba, lo deseaba *ahora*, muy dentro de ella. Salvo que ya era demasiado tarde. El tráfico no podía seguir parado; exigía, sí, *exigía* acceso al pequeño embustero.

Ella no podía evitarlo. Solo pudo murmurar un grito de terror sofocado al ver cómo se abría la autopista ante ella y comprender que no se encontraban ante una intersección cualquiera.

Fuller oyó el sonido.

—¿Doctora? —levantó la vista de sus preparativos y su cara, bañada en una luz azul que Mary podía ver por el rabillo del ojo, tenía una expresión interrogativa—. ¿Ha dicho algo? —le preguntó.

Ella pensó, con un nudo en el estómago, en cómo acabaría todo.

Veía claramente las caras etéreas de los muertos frente a ella. Podía ver la profundidad de su sufrimiento y simpatizar con sus ansias de ser escuchados.

Supo con certeza que las autopistas que se cruzaban en Tollington Place no eran unas carreteras cualesquiera. No estaba observando el tráfico feliz y despreocupado de los muertos normales. No, aquella casa se abría a una ruta por la que solo andaban las víctimas y los autores de la violencia. Los hombres, mujeres y niños que habían muerto tras sufrir todo el dolor que los nervios tienen valor para soportar, con las mentes marcadas por las circunstancias de sus muertes. Elocuentes más allá de las palabras, sus ojos hablaban de agonía, sus cuerpos fantasmales todavía mostraban las heridas que los habían asesinado. También podía ver, mezclados libremente entre los inocentes, a sus asesinos y torturadores. Aquellos monstruos, carniceros enloquecidos de mentes podridas, se asomaban al mundo: criaturas incomparables, incalificables, milagros prohibidos de nuestra especie que charlaban y aullaban sus barboteos sin sentido.

En aquel momento, el chico del piso superior los sintió. Ella lo vio moverse un poco en la habitación silenciosa, darse cuenta de que las voces que escuchaba no eran voces de mosca, los lamentos no eran lamentos de insecto. De repente, era consciente de que había vivido en un diminuto rincón del mundo y de que el resto de aquel mundo, el Tercer, Cuarto y Quinto mundo, presionaba su espalda recostada, hambriento e irrevocable. La visión de su pánico era también un olor y un sabor para ella. Sí, estaba saboreando al chico como siempre había deseado, pero no era un beso que uniera sus sentidos, era un pánico creciente. La llenaba, su empatía era total. La mirada de horror era tanto del chico como de ella... sus dos gargantas secas carraspearon la misma palabra:

— Por favor...

Que aprende el niño pequeño.

— Por favor...

Que consigue caricias y regalos.

— Por favor...

Que hasta los muertos, seguro, hasta los muertos deben conocer y obedecer.

—Por favor...

Aquel día no se concedería tal piedad, ella lo sabía con certeza. Aquellos fantasmas habían desesperado en la autopista durante años de aflicción, con las mismas heridas con las que murieran y las mismas locuras con las que mataran. Habían aguantado la frivolidad y la insolencia del chico, sus idioteces, las invenciones que habían convertido en un juego todos sus sufrimientos. Querían contar la verdad.

Fuller la miraba con más atención, mientras su cara nadaba ahora en un mar de palpitante luz naranja. Mary sintió sus manos sobre la piel. Sabían a vinagre.

—¿Estás bien? —dijo él, con la respiración como hierro.

Ella negó con la cabeza.

No, no estaba bien, nada estaba bien.

La grieta se ensanchaba a cada segundo; a través de ella Mary podía ver otro cielo, el firmamento color pizarra que se cernía sobre la autopista. Aplastaba la simple realidad de la casa.

—Por favor —repitió ella mientras volvía los ojos hacia la desdibujada sustancia del techo.

Se ensanchaba, se ensanchaba...

El frágil mundo que habitaba se había estirado hasta el límite de su resistencia.

De repente, se rompió como una presa y las aguas negras se escaparon e inundaron la habitación.

Fuller sabía que había algo fuera de lugar (se veía en el color de su aura el miedo súbito), pero no comprendía lo que estaba pasando. Mary sintió cómo la espina dorsal del hombre se estremecía, podía ver el torbellino de su cerebro.

—¿Qué está pasando? —dijo. Lo patético de la pregunta casi la hace reír.

Arriba, la jarra de agua de la habitación de la escritura estalló en pedazos.

Fuller soltó a Mary y corrió hacia la puerta. Esta comenzó a agitarse y temblar conforme Fuller se acercaba, como si todos los habitantes del infierno la aporrearán desde el otro lado. El pomo giraba, giraba y giraba. La pintura se ampollaba. La llave brillaba al rojo vivo.

Fuller volvió a mirar a la doctora, que seguía inmóvil en aquella postura grotesca, la cabeza hacia atrás, los ojos muy abiertos.

Fue a coger el pomo, pero la puerta se abrió antes de poder tocarla. El vestíbulo tras ella había desaparecido por completo. Donde antes estuviera el familiar interior, el paisaje de la autopista se extendía hasta el horizonte. La visión mató a Fuller al instante. Su mente no tenía fuerza para aceptar el panorama, no podía controlar la sobrecarga que corría por cada uno de sus nervios. Se le paró el corazón; una revolución trastornó el orden de su sistema; le falló la vejiga, le fallaron los intestinos, le temblaron las piernas y se derrumbó. Mientras caía al suelo, la cara se le empezó a ampollar como la puerta y su cadáver a agitarse como el pomo. Ya era materia inerte, tan buena para aquel ultraje como la madera o el acero.

En algún punto del Este, su alma se incorporó a la autopista herida en su camino hacia la intersección donde acababa de morir.

Mary Florescu sabía que estaba sola. Sobre ella, el chico maravilloso, su niño bello y embustero, se retorció y chillaba al contacto de las manos vengativas de los muertos sobre su fresca piel. Ella conocía sus intenciones, lo veía en sus ojos... no había nada nuevo en ello. Todas las historias contaban con aquel mismo tormento en sus tradiciones. Lo iban a usar para grabar sus testamentos. Iba a ser su página, su libro, el receptáculo de sus autobiografías. Un libro de sangre. Un libro hecho de sangre. Un libro escrito con sangre. Mary pensó en los grimorios de piel humana muerta, los había visto, los había tocado. Pensó en los tatuajes que había visto, algunos de ellos exhibiciones de feria, otros simples obreros descamisados con un mensaje para sus madres picado en la espalda. No era algo nuevo escribir un libro de sangre.

Pero sobre aquella piel, sobre aquella piel resplandeciente... oh, Dios, ahí estaba el crimen. El chico gritaba mientras las agujas torturadoras de la jarra de cristal rota saltaban y le dibujaban surcos en la carne. Mary sentía aquella agonía como si fuera propia, y no era tan terrible...

Sin embargo, Simon gritaba. Y luchaba y les gritaba obscenidades a sus agresores. Ellos no le hacían caso. Pululaban a su alrededor, sordos a cualquier súplica o plegaria, y trabajaban sobre él con el entusiasmo de una criatura que lleva demasiado tiempo condenada al silencio. Mary escuchó cómo la voz del chico se cansaba de las quejas y luchó contra el peso del miedo sobre sus extremidades. De alguna forma, sentía que debía subir a la habitación. No importaba lo que hubiese más allá de la puerta o en las escaleras... él la necesitaba y eso era suficiente.

Se levantó y notó que el cabello se le arremolinaba por encima de la cabeza, blandiendo el aire como el pelo de serpientes de la Gorgona Medusa. La realidad nadaba, casi no quedaba suelo que ver bajo los pies. Las tablas de la casa eran de madera fantasma y, más allá de ellas, una oscuridad hirviente bramaba y la acechaba. Miró la puerta sin dejar de sentir en todo momento un letargo muy difícil de combatir.

Estaba claro que no querían que subiera allí. Quizá, pensó, puede que hasta me teman un poco. La idea le dio fuerzas; ¿por qué iban a intentar intimidarla si no fuera porque su mera presencia, al haber abierto aquel agujero en el mundo, resultaba ahora una amenaza para ellos?

La puerta ampollada estaba abierta. Tras ella, la realidad de la casa había sucumbido completamente al clamoroso caos de la autopista. Ella entró, concentrada en la forma en que sus pies seguían tocando suelo firme aunque sus ojos no pudieran ya verlo. El cielo sobre ella era azul Prusia, la autopista era ancha y ventosa, los muertos la empujaban por todas partes. Luchó por abrirse paso entre ellos como si estuviera en medio de una multitud de personas vivas, mientras sus caras boquiabiertas e idiotas la miraban y la odiaban por su invasión.

El "por favor" había desaparecido. Ahora no decía nada; se limitaba a apretar los dientes y entrecerrar los ojos ante la autopista, a dar patadas hacia delante para encontrar la realidad de las escaleras que ella sabía seguían allí. Tropezó al tocarlas y un aullido surgió de la multitud. No sabía si se reían de su torpeza o si gritaban una advertencia al ver que había llegado tan lejos.

Primer escalón. Segundo escalón. Tercer escalón.

Aunque tiraban de ella por todas partes, estaba ganándole la partida a la multitud. Un poco más adelante podía ver la puerta de la habitación donde su pequeño mentiroso estaba tirado en el suelo, rodeado por sus agresores. Tenía los calzoncillos en los tobillos; la escena parecía una especie de violación. Ya no gritaba, pero el terror y el dolor podían leerse en sus ojos. Al menos seguía vivo. La resistencia natural de su joven mente había aceptado a medias el espectáculo que se abría frente a él.

De repente, el chico volvió la cabeza de golpe y miró a través de la puerta, directamente hacia ella. En aquel momento extremo había descubierto un talento real, una habilidad que solo llegaba a ser una pequeña fracción de la de Mary, pero que bastaba para contactar con ella. Sus miradas se encontraron. En un mar de oscuridad azul, rodeados de una civilización que no conocían ni comprendían, sus corazones vivos se encontraron y se unieron.

— Lo siento — dijo él en silencio. Era inmensamente conmovedor —. Lo siento. Lo siento. — Simon apartó la vista y arrancó su mirada de la de Mary.

Ella sabía que estaba casi al final de las escaleras; por lo que sus ojos le decían, los pies todavía pisaban aire, las caras de los viajeros estaban por encima, por debajo, por todas partes. Pero podía ver, muy débilmente, la silueta de la puerta y las tablas y vigas de la habitación donde yacía Simon. El chico era ya una masa de sangre, de la cabeza a los pies. Podía ver las marcas, los jeroglíficos de agonía en cada centímetro de su torso, de su cara, de sus extremidades. A veces podía enfocar el cuerpo de Simon y verlo en la habitación vacía, con los rayos de sol atravesando la ventana y la jarra rota junto a él. Después le fallaba la concentración y en vez de eso veía el mundo invisible hecho visible y a Simon flotando en el aire mientras escribían sobre él, arrancándole el pelo de la cabeza y del cuerpo para limpiar la página, escribiendo sobre sus axilas, escribiendo sobre sus párpados, escribiendo sobre sus genitales, en la hendidura de sus nalgas, en las plantas de sus pies.

Solo las heridas aparecían en ambas visiones. Ya lo viera acosado por autores o solo en la habitación, no dejaba de sangrar.



En aquel momento alcanzó la puerta. Con una mano temblorosa intentó tocar la realidad sólida del pomo, pero ni con toda la concentración que pudo reunir conseguía verlo con claridad. Había poco más que una imagen fantasmal en la que centrarse, pero al final fue suficiente. Cogió el pomo, le dio la vuelta y abrió la puerta de la habitación de escritura de par en par.

Él estaba allí, frente a ella. No los separaban más que dos o tres metros de aire poseído. Sus ojos volvieron a encontrarse y una mirada elocuente, compartida tanto por el mundo de los muertos como por el de los vivos, pasó entre ellos. Había compasión en aquella mirada, y amor. Las ficciones se derrumbaron, las mentiras se convirtieron en polvo. En lugar de las sonrisas manipuladoras del chico había una verdadera dulzura... reflejada en la cara de Mary.

Y los muertos, temerosos de aquella mirada, volvieron la cabeza. Las caras se apretaron como si la piel se estirara sobre el hueso, la carne se oscureció hasta marchitarse y las voces se tornaron melancólicas ante la perspectiva de la derrota. Ella alargó la mano para tocarlo, libre por fin de las hordas de los muertos; soltaban a su presa, como moscas muertas que cayeran de una ventana.

Ella le tocó suavemente la cara. El toque fue una bendición. Los ojos de Simon se llenaron de lágrimas y estas cayeron por la escarificada mejilla para mezclarse con la sangre.

Los muertos ya no tenían voz, ni siquiera boca. Estaban perdidos en la autopista, su maldad condenada.

Plano a plano, la habitación comenzó a restablecerse. Las tablas del suelo se hicieron de nuevo visibles bajo el cuerpo sollozante de Simon, cada puntilla, cada tablón manchado. Las ventanas se veían con claridad... y, en el exterior, la calle en el ocaso se llenaba con los juegos de los niños. La autopista había desaparecido por completo de la vista humana. Sus viajeros habían vuelto a mirar hacia la oscuridad para desaparecer en el olvido, dejando únicamente sus señales y talismanes en el mundo concreto.

En el rellano intermedio del número 65 de Tollington Place, los pies de los viajeros pisoteaban descuidadamente el

cuerpo humeante y cubierto de ampollas de Reg Fuller al pasar por la intersección. Al final, la propia alma de Fuller apareció entre la multitud y observó la carne que una vez había ocupado, antes de que la muchedumbre lo empujara hacia su juicio.

Arriba, en la habitación en penumbra, Mary Florescu seguía arrodillada junto al chico McNeal y acariciaba su cabeza manchada de sangre. No quería dejar la casa para pedir ayuda hasta estar segura de que sus torturadores no volverían. El único sonido que quedaba era el de un avión a reacción que se abría camino por la estratosfera hacia la mañana. Hasta la respiración del chico era queda y regular. No lo rodeaba ningún nimbo de luz. Todos los sentidos estaban en su sitio. Vista. Oído. Tacto.

Tacto.

Lo tocó como nunca antes se había atrevido a hacerlo, acariciando su cuerpo con la punta de los dedos muy, muy suavemente, recorriendo la piel levantada como una mujer ciega leyendo braille. Había diminutas palabras en cada milímetro de su cuerpo escritas por una multitud de manos. Incluso a través de la sangre, Mary podía distinguir la meticulosa forma en que las palabras lo habían destrozado. Incluso podía leer, a la luz menguante, alguna frase suelta. Era una prueba que no dejaba lugar a dudas y Mary deseaba, oh, Dios, cómo lo deseaba, no haberla encontrado. Sin embargo, tras toda una vida esperando, allí estaba: la revelación de la vida después de la muerte, escrita en la misma carne.

El chico sobreviviría, eso estaba claro. La sangre ya empezaba a secarse y la miríada de heridas comenzaba a sanar. Después de todo, estaba sano y era fuerte, no habría un daño físico irreparable. Por supuesto, su belleza había desaparecido para siempre. Desde aquel momento y en el mejor de los casos, sería objeto de curiosidad; en el peor, de repugnancia y horror. Pero ella lo protegería y él aprendería, con el tiempo, cómo conocerla y confiar en ella. Sus corazones estaban unidos de modo inextricable.

Y después de un tiempo, cuando las palabras de su cuerpo se convirtieran en costras y cicatrices, ella lo leería. Trazaría

con un amor y paciencia infinitos las historias que los muertos le habían contado.

La historia de su abdomen, escrita con una letra delicada y cursiva. El testimonio de estilo exquisito y elegante que le cubría la cara y el cuero cabelludo. La historia de su espalda y la de sus espinillas y la de sus manos.

Las leería todas e informaría de todas, de cada sílaba que brillaba y rezumaba bajo sus cariñosos dedos, para que el mundo conociera las historias que contaban los muertos.

Él era el Libro de sangre y ella su único traductor.

Mientras caía la noche, Mary dejó su vigilia y lo condujo, desnudo, hacia la fragante noche.

De modo que estas son las historias escritas en el Libro de sangre. Lee, si así te place, y aprende.

Conforman el mapa de esa oscura autopista que nos lleva desde esta vida hacia destinos desconocidos. Pocos tendrán que tomarla. Casi todos marcharán en paz por calles iluminadas; plegarias y caricias los acompañarán hasta que abandonen por fin sus vidas. Pero para algunos, para unos cuantos elegidos, será distinto; los horrores saltarán sobre ellos para llevarlos a la autopista de los malditos...

Así que lee. Lee y aprende.

Después de todo, es mejor estar preparados para lo peor y es de sabios aprender a caminar antes de perder el aliento.